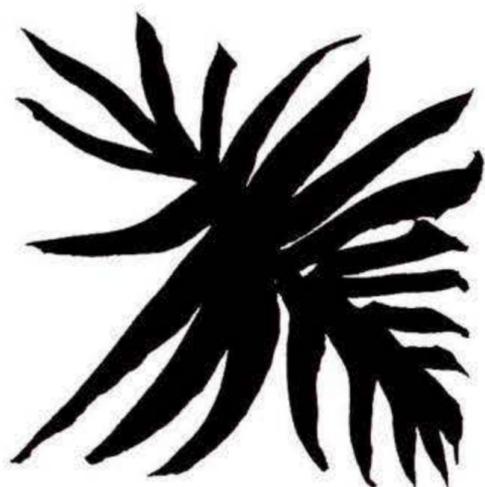


yes; hija de reyes (los futuros Pablo I de Grecia y Federika de Brunswick); hermana de rey (Constantino II de Grecia), en su árbol genealógico figuran dos emperadores alemanes, ocho reyes daneses, cinco reyes suecos, siete zares rusos, un rey y una reina de Noruega, una reina de Inglaterra y cinco reyes de Grecia”.



Para un mejor aprovechamiento de su contenido, aparece un apéndice en 17 páginas titulado “Recapitulación y conclusiones”, de suma utilidad, complementado por la reseña de la procedencia, en cuanto a nacionalidad, de los reyes y el promedio aritmético de sus años de vida, antes de 1700 y después de este año, como también sobre la enumeración de los matrimonios entre parientes, con las consiguientes consecuencias degenerativas. Se refiere, además, a la fertilidad de las parejas reales, a la mortalidad materna e infantil y a las distintas enfermedades que padecieron.

Las fuentes de consulta de que se valió el autor se encuentran detalladas en la extensa bibliografía que abarca noventa y seis (96) títulos de prestigiosas obras cuyos autores son verdaderas autoridades en temas históricos y de medicina.

No se abordan en la presente reseña bibliográfica las conclusiones de orden político, sociológico y filosófico que surgen de la lectura de esta importante obra, porque llevaría a prolongar su extensión, a más de que el autor, con su meritoria labor investigativa, no pretende incursionar, ni era su intención, en análisis de esta naturaleza.

El libro *Historias clínicas de la corte de España*, escrito por el médico Gustavo Restrepo Uribe, descubre velos que ocultaban, en especial para quienes no tenían ni tienen la condición de europeos, una serie de realidades dolorosas, padecidas en ese entonces por quienes fueron súbditos, ya en el suelo español, ya en la gran extensión de Indoamérica. Valioso aporte a la comprensión de una serie de acontecimientos que golpearon, en su momento, sin conocerse su verdadero origen, a vidas e instituciones de uno y otro continentes.

ÓSCAR LONDOÑO PINEDA

Historia comparada de América Latina y el Caribe

Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe

Luis Javier Ortiz Mesa
y Víctor Manuel Uribe Urán
(editores académicos)

Editorial Universidad de Antioquia/
Facultad de Ciencias Humanas y
Económicas, Universidad Nacional de
Colombia (Sede Medellín), Medellín,
2000, 449 págs.

El texto que se reseña a continuación, *Naciones, gentes y territorios*, es una buena muestra de los esfuerzos realizados por las universidades colombianas para promover los estudios comparados de historia de América Latina y el Caribe de habla no española ni francesa, en un mundo que ha estrechado los vínculos internacionales en todos los órdenes y que requiere enfoques de investigación que permitan mirar los procesos históricos locales y nacionales articulados a lógicas continentales y globales. El texto es el resultado de la compilación de ponencias del simposio de Historia Comparada de América Latina y el Caribe del

X Congreso de Historia de Colombia, realizado en Medellín en 1997. Dicho simposio fue el espacio central del evento, rompiendo con la tradición de los congresos anteriores, organizados alrededor de temas exclusivamente colombianos.

Los editores académicos de la obra, los historiadores Luis Javier Ortiz y Víctor Manuel Uribe, señalan en la Introducción que no todas las ponencias recibidas eran estrictamente de historia comparada, pues algunas se ocupaban de trabajos historiográficos sobre países distintos a Colombia. Al interrogarse por el precario desarrollo de este “género” o “método” historiográfico en la región, plantean que ello se debe a que los estudios comparados desvían a los investigadores de sus líneas prioritarias de trabajo en los casos nacionales individuales, requieren familiaridad con grandes volúmenes archivísticos y bibliográficos no siempre sistematizados, obligan al desplazamiento entre lugares distantes con grandes erogaciones financieras, e implican mayores destrezas metodológicas.



Al rastrear una rica variedad de temas y de bibliografía internacional sobre América Latina y el Caribe, los editores encuentran insuficiencia de ensayos historiográficos, al menos parciales. Sin embargo, encuentran que existen trabajos sobre “historia comparada en general”, pero no una discusión historiográfica de temas específicos (historia social, laboral, económica, etc.). La ausencia casi total de ensayos evaluativos al respecto denota cierta falta de interés o desconocimiento

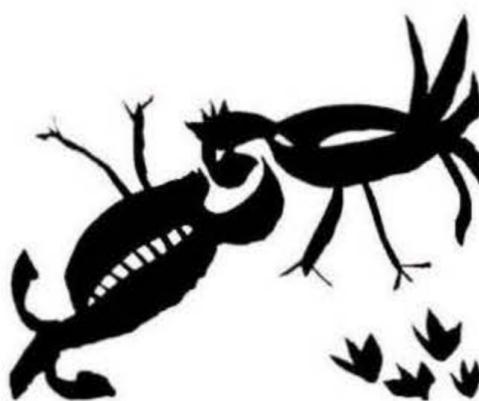
de la naturaleza y las ventajas de este enfoque, pero no es que falte producción que pueda ser evaluada (pág. XXI).



Los editores ofrecen un inventario de temas o problemas de historia comparada y sus tendencias en orden de mayor a menor producción. El rastreo bibliográfico es amplio, selecto y muy útil como información para el lector. De manera sucinta, los cuatro temas más importantes son: la esclavitud, que involucra el tráfico y la esclavitud misma con sus diferencias entre regiones de América y sus características económicas y demográficas. Esta perspectiva ha logrado avances más visibles desde los años de 1930. El desarrollo y subdesarrollo económico integra monografías y colecciones de ensayos comparativos realizados recientemente. El interés que motiva esta producción es explicar por qué América Latina se estancó económicamente, mientras que a otras regiones no les ocurrió lo mismo. La independencia también ocupa a los historiadores con trabajos que datan de los años sesenta, y en los que se analizan las causas, dinámicas y resultados de estos movimientos políticos en la América hispana y lusitana. Y el último tema, relacionado con el anterior, las rebeliones populares y protestas civiles de finales del período colonial, especialmente en la región andina. Otros temas o problemas desarrollados en menor medida que los anteriores y que por ello requieren todavía mayores esfuerzos de los historiadores, son los siguientes, ordenados de manera cronológica: la historia intelectual y cultu-

ral de la conquista y la colonia; la demografía; las reformas borbónicas; los inmigrantes; los caudillos, la política y las elecciones; la formación de los Estados y naciones; las estructuras y políticas agrarias; las revoluciones y movimientos insurgentes del siglo XX; los movimientos laborales; y, finalmente, las mujeres y el feminismo.

No obstante las restricciones señaladas para la realización de estudios comparados, dos terceras partes de las doce ponencias compiladas en el libro son efectivamente de historia comparada, lo cual es bien significativo. Como lo señalan los editores, en su mayoría son realizados por investigadores de amplia trayectoria, que se dedican a trabajos más globales después de pasar largos años en estudios de caso, con gran experiencia, estabilidad laboral y con acceso a fuentes de financiación.



Los trabajos que contiene el libro son agrupados en cinco temas. El primero, de carácter historiográfico, con dos trabajos; uno de Herbert Klein sobre las tendencias de los estudios comparados del comercio de esclavos en el Atlántico en los últimos veinticinco años, y otro de Miguel Izard sobre la colonización de América. Klein señala que, a pesar de la importancia del tema del comercio de esclavos, su desarrollo fue tardío, no debido a la falta de fuentes sino al silenciamiento impuesto por su relación con el imperialismo europeo y la falta de herramientas cuantitativas. Sólo el desarrollo de la historia afroamericana en las décadas de 1950/60 dio lugar al esfuerzo investigativo sobre el tema, después de serias críticas a los supuestos

del imperialismo europeo. Retomando una amplia bibliografía internacional, Klein analiza los aspectos económicos del tráfico, su impacto demográfico y las causas y consecuencias económicas de la abolición, destacando que los esclavos no tenían bajo costo, como se afirmaba en la bibliografía tradicional, sino que, por el contrario, eran intercambiados por costosos productos de las Indias Occidentales, entre otros. En relación con esto y con la organización naval, Klein deja sin piso el viejo modelo del "comercio triangular" (bienes europeos al África, esclavos para América y azúcar para Europa, todo en el mismo viaje), pues la bibliografía actualizada muestra que el intercambio intercontinental era mucho más complejo. Ligado al alto costo y rentabilidad del comercio esclavo, los comerciantes africanos no estuvieron subordinados a los europeos, como lo sugería la vieja literatura, y, por el contrario, impusieron sus condiciones de oferta e impidieron el monopolio europeo. También ha declinado, como lo muestra Klein, el mito del "viaje atiborrado", pues los viajes por barco se estandarizaron, logrando controlar el número, albergue y atención de los esclavos, de modo que su mortalidad descendió a tasas de no más del 5%. Después de mostrar las condiciones de vida, el predominio de los hombres esclavos respecto de las mujeres y los niños, lo cual incidía en la mezcla racial posterior en los lugares de destino, y la composición de la población africana, Klein presta atención a la campaña abolicionista del comercio esclavo, desde sus motivaciones morales y económicas, sugiriendo que el debate sigue abierto, y puede ser abordado desde estudios de síntesis, que articulen enfoques económicos y culturales. En este ensayo, Klein revalúa de manera pertinente tradicionales concepciones sobre el comercio de esclavos, ofreciendo nuevas perspectivas para estudios comparados y de caso.

Izard denuncia lo que ha denominado la "leyenda apologética y legitimadora" (LAL) de la colonización de Occidente sobre América,

criticando la historiografía que sostiene una "historia oficial" de la conquista y colonización como civilizadora, exenta de violencia y barbarie. Izard indaga en la "memoria de resistencia" de los dominados sus percepciones y respuestas frente a las agresiones históricas y culturales, clasificándolos en "refractarios": aquellos sobrevivientes de la conquista esclavizados y obligados a aceptar la cultura dominante, pero cuya resistencia y sublevaciones se manifestó frente a encomenderos y empresarios; "orillados": los desalojados del campo a las ciudades, por la modernización e implantación de economías "excedentarias", que, desde las reformas borbónicas hasta el siglo XX, los hicieron marginados urbanos; y, por último, los "recalcitrantes": quienes rehusaron la propuesta occidental y por ello debieron resguardarse en zonas alejadas de la ocupación hispana o, después, defender sus territorios. Izard recurre a lo que pudiera denominarse un apasionado discurso de denuncia, que llama a pensar en la elaboración teórica historiográfica, que no puede reducirse a un "rescate de la memoria" sino que debe posibilitar también las maneras culturales y políticas de asumirla en el presente.



En el segundo grupo temático—sobre sociedad, familia y género—se ofrecen dos trabajos. En el primero de éstos, Ann Twinam plantea que las reformas borbónicas han sido estudiadas de manera individual, y no como parte de una política coherente del Estado. Se refiere al alcance social de las reformas sobre ilegiti-

dad y mezcla racial, proponiendo una lectura revisionista de la real pragmática de casamientos (1776, 1778) que apuntaba a mantener la igualdad social y racial entre los cónyuges, pues daba a los padres poder para vetar a los esposos de condición inferior; la real cédula sobre expósitos (1794), que parecía promover fines contradictorios, puesto que permitía que los expósitos o hijos de padres desconocidos, generalmente de color, gozaran de los mismos privilegios de los legítimos; y el arancel de "gracias al sacar" (1795), que facilitaba a los hijos ilegítimos y personas de condición étnica inferior, salir de ella y ser tratados como blancos, con su "honor" y privilegios. Estas medidas se valoran mejor si se considera que la avanzada mezcla racial del siglo XVIII acrecentó los niveles del conflicto social y racial, pues facilitaba la desaparición de las diferencias sociales en una sociedad de castas en que mantenerlas era de vital importancia, según su noción del orden. Ante el riesgo que significaron nuevos grupos mestizos en ascenso para que las elites conservaran sus privilegios y su "honor", al diferenciarse de ellos, las elites trataron de restringir los canales del ascenso social, mientras que el Estado pareció tener una postura ambigua al respecto. Twinam se acerca al ambiente social de la época y analiza los antecedentes y consistencia de la legislación citada para desechar la tesis de Magnus Morner, quien ve en ellas una política social liberal, y la de las historiadoras Daisy Rípodaz Ardanaz y Susan Socolow, quienes sostienen que tenían metas contradictorias. Para Twinam, las reformas borbónicas no sólo fueron profundamente consistentes y conservadoras, sino que además fracasaron. Esto último, por cuanto parecían ser progresistas, y gracias a ello algunos lograron aprovecharlas para sus fines de ascenso, pero fueron muy pocos, debido a que en la práctica las autoridades coloniales no compartían su sentido liberal y se negaron a hacerlas cumplir. A estas conclusiones llega la autora después de un sugestivo análisis de fuentes le-

gales y de las "gracias al sacar", principales fuentes que le sirven de base para su reciente libro sobre honor, sexualidad e ilegitimidad en Hispanoamérica, desde una perspectiva profundamente social, que supera las significaciones meramente jurídicas de las disposiciones borbónicas sobre estos problemas.



En la misma sección, Robert McCaa señala la necesidad de emprender estudios renovadores sobre la familia y el género en América Latina, considerando las preocupaciones sociales contemporáneas, y los imperativos del oficio de historiador, desde perspectivas demográficas que superen las limitaciones de las más importantes metodologías empleadas hasta ahora. Se refiere al método francés de "reconstrucción de familias" por medio de largas series y rigurosos análisis genealógicos, cuyas condiciones europeas de registros continuos y confiables, baja ilegitimidad y poca migración no se cumplen para América Latina. También se refiere al método inglés de "reconstrucción de unidades domésticas", que, aunque resultó más productivo para los historiadores americanos, condujo a trabajar en la perspectiva equivocada, pues partía de suponer que la norma entre la gente común del pasado era una pequeña "familia nuclear" (tesis de Peter Laslett), lo cual centró el trabajo en el hogar en vez de sus contextos familiares, fijó a aquél como unidad de análisis, desconociendo que los individuos eran más pertinentes para tal fin, y propuso medidas equivocadas, los promedios, en vez de las proporciones.

No obstante lo anterior, el método inglés ha evolucionado y ha permitido conocer los tipos y tamaños promedios de las familias americanas, y ha incluido el género como elemento de trabajo, dejando ver el papel de la mujer cabeza de familia en su estructura y jerarquía interna. Estos importantes aspectos de la historia de la familia en América y Europa los desarrolla McCaa, fundado en una amplia bibliografía y en el análisis de las listas de censos de México de 1540, 1777 y 1990, considerando aspectos como el género, el patriarcado, el rol social y político de los nombres nahuas en la familia, el "lapso de vida" de las personas, y su "calidad" o condición socioétnica.



La sección sobre culturas y representaciones se inicia con un ensayo de Eric Van Young sobre los sectores populares en el movimiento mexicano de independencia, el cual es analizado criticando los modelos de periodización europeos de la "época de las revoluciones" o la "época de las revoluciones democráticas". Estos modelos eurocéntricos excluyen los procesos de independencia hispanoamericana de tratamientos interpretativos amplios del período, no los tratan como parte de la historia occidental, entorpecen las tentativas de las ciencias sociales de buscar nuevas tipologías de los procesos revolucionarios y dejan de lado sus resultados no democráticos. Adicionalmente, no se da importancia a lo que la gente común pensaba y hacía, consideración que es bien importante, porque, según el autor, desde el punto de vista de ellas la lucha por la independencia no era

tan moderna como se ha pensado. Se ha privilegiado la visión de las elites criollas, interesadas en la construcción del Estado y la nación ("comunidad imaginada"), mientras que la participación de los sectores populares, mayoritariamente indígenas, estuvo más bien encauzada hacia la defensa de la comunidad histórica y estructuralmente antecedente del estado colonial o nacional, centrada en las experiencias comunales localistas ("comunidad vivida"). Al sugerir comparaciones entre las guerras civiles mexicanas, Eric Van Young señala las limitaciones de los dos modelos de explicación de las guerras de independencia, la "guerra de clases" y la "protesta política", ambos insuficientes para explicar muchos interrogantes; en particular, el componente popular rural de las guerras de independencia. Para explicar los divergentes intereses y dinámicas de las elites y de los sectores populares en la insurrección, el autor analiza las formas de acción colectiva en los pueblos, las creencias mesiánicas y el perfil social de los insurgentes populares. Finalmente, desde perspectivas teóricas, Eric Van Young compara los movimientos andinos con las revoluciones atlánticas y la independencia mexicana, para concluir que la identidad y la cultura étnica fueron la fuerza y el distintivo de la insurgencia popular de ésta última. En este ensayo el autor recrea muchos de los análisis que ofrece en sus trabajos sobre la Independencia, los sectores populares de la época y sus tradiciones religiosas y culturales, actualizando el debate sobre la modernidad de los procesos de Independencia en América Latina al reconocer las dinámicas propias que les imprimieron los sectores populares.

Mark Szchuman analiza las relaciones entre la construcción ideológica del Estado argentino y la construcción arquitectónica de la ciudad de Buenos Aires, en la perspectiva de la transición política de la colonia a la república. Esto por cuanto, según el autor, la ciudad ha marcado profundamente el ambiente político y el universo mental de Amé-

rica Latina, hasta el punto de que ambas historias parecen confundirse. Para su análisis, aborda cuatro aspectos: las bases urbanas de la acción popular, que desarrollaron espacios de socialización como las pulperías y cafés, que signaron la vida política republicana con la circulación de ideas y discursos políticos que allí tenían lugar; los mecanismos de control social del Estado liberal, ligado a su capacidad autoritaria de reclutamiento de mano de obra para obras públicas de carácter urbano, llevadas a cabo en parte en los cafés y pulperías, vistos como lugares de las "clases peligrosas"; las bases materiales de las formas urbanas, que evidenciaban el crecimiento de la ciudad durante el siglo XIX, el fortalecimiento de la capacidad económica y fiscal de sus organismos y sus elites y el desarrollo de sus servicios, nuevos sectores comerciales y artesanales, con sus correspondientes síntomas de desorden y malestar urbano; y por último, las relaciones entre creencias políticas y estéticas, ligadas al abandono del estilo barroco como representación de la herencia ibérica que se rechazaba, y la adopción de estilos arquitectónicos de Francia, principalmente, que se correspondían con la adopción del liberalismo y el desarrollo urbano. Este ensayo evoca las perspectivas abiertas por los estudios de José Luis Romero sobre las ciudades latinoamericanas, al articular la historia urbana con la historia política.



La sección sobre cultura y representaciones termina con el artículo de Charles Bergquist, donde ofrece una lectura revisionista del célebre

libro *Para leer al pato Donald*, editado en 1971, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart. El libro fue publicado en Chile con apoyo del gobierno socialista de Salvador Allende, en su primer aniversario, y se basa en cien cómics de Disney, en particular del pato Donald y Tío Rico, donde, según los autores, se daba lugar al imperialismo cultural norteamericano en América Latina, con la promoción de valores racistas, imperialistas y procapitalistas. Bergquist deriva este artículo de un libro que publicó recientemente sobre el trabajo y la democracia en América Latina, enfocándose especialmente hacia la cultura popular, en cuanto los cómics gozaron de gran publicidad en los años sesenta, modelando con fuerza imágenes y concepciones sobre el mundo capitalista en América Latina en medio de la "cultura de masas" que engendraron los medios de comunicación durante el siglo XX. Para Bergquist, el análisis de Dorfman y Mattelart presenta serias debilidades, pues no se preguntan por los motivos de la popularidad de los cómics y, ligado a ello, desconocen las dimensiones democráticas y subversivas de los mismos, dando por sentado que los consumidores eran pasivos y acríticos frente a supuestos mensajes que sostenían el statu quo y su propia explotación. Por el contrario, Bergquist encuentra que la popularidad de los cómics se debe a la manera como su autor, Carl Barks, representa valores y actitudes del mundo capitalista, signados por las situaciones comunes y corrientes que vive el trabajador de la calle, dando lugar a posturas realistas y críticas sobre el mundo del trabajo, la riqueza, la producción y la moneda. Así, sugiere que la reflexión histórica puede reconocer en la cultura popular una fuente de experiencias para el sentido democrático y subversivo de la gente común, frente a los triunfos del capitalismo contemporáneo, apropiándose y reinterpretando los contenidos culturales creados por unos medios centralizados y poderosos. Durante el siglo XX, estos medios han moldeado las sensibilidades y estéticas de la cul-

tura urbana en Latinoamérica, por medio de la música popular, las telenovelas y los cómics, entre otros, sin que se preste suficiente atención al estudio de estos contenidos mediáticos y a su importancia para la construcción de la cultura popular. En este sentido, Bergquist recuerda a los historiadores las grandes posibilidades de este tipo de fuentes para el estudio de la cultura popular, que al parecer han sido más estudiadas desde la comunicación.



En la sección dedicada a los procesos de formación de los Estados, se ofrecen tres trabajos. El primero, sobre los abogados en la América Latina colonial y poscolonial, en el cual Víctor Manuel Uribe indaga la importancia social y política de estos profesionales y su papel en la formación de las instituciones de gobierno republicanas. Muestra cómo, a finales de la colonia, se fue creando la idea de una excesiva cantidad de abogados en las colonias hispanas, simbolizando su exagerado peso en la administración estatal como forma de empleo, la inestabilidad política por la competencia partidista sobre ellos y el consiguiente atraso económico que suponía para las nacientes repúblicas. Uribe se interroga sobre lo cierto de la abundancia de abogados para la época, y esto lo lleva a caracterizarlos como hombres relativamente ricos por su dedicación a prósperas ocupaciones como la minería, el comercio o la tenencia de tierras; abogados practicantes con modesta remuneración, pero con el estatus propio de su profesión y situación familiar; y burócratas de diversos

rangos, todos con posible desempeño en organismos del clero, pues su formación cubría el derecho canónico. Basado en una amplia bibliografía y en sus propios trabajos, el autor reconstruye la demografía de estos profesionales de manera comparativa, para mostrar, primero, que aunque había opiniones encontradas sobre su exceso y el crecido número de pleitos y litigios en la época, se trató finalmente de un mito fabricado por la corona con intenciones políticas, dada la familiaridad de los abogados con ideas renovadoras en un ambiente de convulsiones revolucionarias; segundo, que a lo largo de la lucha independentista se pudo haber producido la merma de estos profesionales como resultado de las restricciones estatales en sus estudios y porque fueron víctimas principales del conflicto por su abierta participación en los organismos políticos y militares patriotas; y, tercero, que su falta propició medidas correctivas en las nacientes repúblicas para estimular su crecimiento, lo cual supuso su contribución al establecimiento de los nuevos organismos judiciales, su expansión dentro de novedosos sectores medios en ascenso y el fortalecimiento de sus tendencias liberales en la formación del Estado en contraposición a sectores política y económicamente tradicionales. Uribe señala lo paradójico de los cambios liberales inspirados por los nuevos abogados, pues resultaron de una tendencia exactamente opuesta a la que caracterizó la liberalización de la justicia en la América portuguesa, mientras que en la América hispana las esperanzas liberales quedaron puestas en las Constituciones y en las leyes como escape a la arbitrariedad personal de las nuevas autoridades o jueces, y no en ellos mismos, por muy liberales que parecieran en su carácter profesional y en su proceder. El trabajo de Uribe, como el libro que ha publicado sobre el mismo tema, desmiente los lugares comunes sobre el oficio de los abogados, y abre nuevas perspectivas para la comprensión del mundo de la burocracia colonial y poscolonial, proponiendo un trabajo que se ins-

cribe en la historia social de las profesiones y que sirve de modelo para conocer otras profesiones liberales.

El segundo trabajo lo ofrece Eduardo Posada Carbó sobre los procesos electorales en América Latina, entre 1830 y 1930, desde una perspectiva comparada. Posada muestra cómo los historiadores no han tenido interés en estudiar los procesos electorales latinoamericanos, pues han hecho eco de las denuncias de corrupción, violencia y fraude, sin adentrarse en el análisis de estos fenómenos. Según el autor, el tema requiere nuevos enfoques de estudio, análisis sistemático y la crítica de los supuestos que descalifican las prácticas del sufragio en Latinoamérica. Para ello parte de los trabajos de historiadores como David Bushnell, Malcolm Deas, Jorge Basadre, y Samuel Valenzuela, entre otros, sobre aspectos políticos y electorales en Colombia, Argentina, Venezuela, Chile, México, Estados Unidos y países de Europa. A partir de nutridos trabajos cuya producción se remonta a los años de 1950, Posada muestra que las prácticas electorales latinoamericanas son objeto de un más renovado interés, de modo que los más recientes trabajos tratan tres problemáticas básicas: la representación y la ciudadanía en las emergentes naciones tras la independencia, el desarrollo de las instituciones electorales y las prácticas del voto. Ésta última ha cobrado la mayor atención de los historiadores, de modo que se ha reorientado el interés hacia el electorado, revalorando su posición activa y sus propios valores e iniciativas, superando la idea de que eran simples borregos llevados a las mesas de votación por las elites locales y gamonales, y hacia temas como las campañas, las formas de comunicación política, el lanzamiento de periódicos, las manifestaciones y giras electorales, formas de sociabilidad como los clubes, las modalidades de participación electoral que no se restringían al depósito del voto en las urnas, la función de los partidos y el ambiente festivo y guerrero de las elecciones. Además de mostrar que

las elecciones deben ser estudiadas como parte de la "cultura política" latinoamericana, el autor hace un importante aporte al tema, al deshacer la "leyenda negra" de que la corrupción electoral ha sido el distintivo de la política latinoamericana durante el siglo XIX y aun durante gran parte del XX. Posada concluye que la corrupción electoral fue, pues, un fenómeno universal que también se ha registrado en Norteamérica y en Europa, premisa fundamental para reconocer las particularidades del mismo. De acuerdo con ello, señala que las prácticas de corrupción dependían de las circunstancias y de su evolución, de modo que no pueden mezclarse todas sus modalidades en una sola categoría. Al valorar estos fenómenos como parte de los penosos procesos de aprendizaje electoral y de la construcción de los sistemas democráticos, Posada sugiere que es necesario superar posturas ingenuas y anacrónicas que adjudican a las elecciones la "expresión fiel de la voluntad popular" y la idea de que los procesos políticos estaban exentos de "luchas", "intrigas", "insidias" y posiciones de poder.



El último ensayo de la sección sobre la construcción del Estado lo ofrece Malcolm Deas, quien apela a la historia comparada entre las regiones del Táchira en Venezuela y Santander en Colombia, para mostrar sus similitudes, y no tanto las diferencias obvias entre regiones o países, como se cree debe hacerse desde la historia comparada. Para Deas, la historia comparada entre estas dos regiones que guardan un

pasado común sirve para cuestionar los estereotipos que los habitantes de cada nación se adjudican entre sí. Deas muestra una frontera social y culturalmente fluida entre ambas regiones, de manera que en medio de las diferencias se compartía más de lo que se cree: contaminaciones mutuas en los modos de vida, música, poesía, migraciones y mano de obra. Basado en crónicas de viajes de finales del siglo XIX, como las del colombiano conservador Isidro La verde Amaya, y en el libro del también colombiano conservador de ancestros venezolanos Manuel Briceño, *Los ilustres* (1884), Deas compara la política y sus relaciones entre ambos países, para destacar el "igualitarismo" venezolano, la proporcionalidad e interrelación en sus estructuras regionales, los rasgos políticos compartidos entre algunas de sus regiones, las profundas diferencias en las relaciones entre clases acomodadas y políticas, con una mayor interdependencia entre ambas en Colombia que en Venezuela, y las actitudes frente a la autoridad de los gobernantes, pues mientras en Colombia se observa una mayor disposición a expresarse en contra de sus políticos y a criticarlos, los venezolanos, sin dejar de pronunciarse, han sido más dados a las "felicitaciones".

La última sección del libro que se reseña trata sobre la construcción del nacionalismo, con dos ensayos, uno de Hans-Joachim König sobre el nacionalismo en relación con los problemas del desarrollo, y el otro de Alan Knight sobre pueblo, política y nación en los siglos XIX y XX.

König ofrece un concepto del nacionalismo que a su modo de ver puede ser muy prometedor en términos metodológicos para un análisis comparativo del mismo, pues está referido al desarrollo social. El nacionalismo, en Europa como en Latinoamérica, no es un fenómeno homogéneo sino por el contrario, bastante diverso y ambiguo, de modo que no se cuenta con un concepto satisfactorio para explicarlo, pues los análisis se han centrado sobre sus manifestaciones y contenidos (idioma, cultura, raza e historia com-

partida) y no sobre sus condiciones de formación y sus funciones en distintas épocas de la historia. De acuerdo con ello, según König, los estudios más recientes muestran un consenso entre historiadores, políticos y sociólogos, sobre las relaciones existentes entre los procesos del nacionalismo y de la modernización, entendida ésta como los cambios estructurales del Estado y la economía, que se remontan a la Europa del siglo XVIII. Así, el nacionalismo puede ser una respuesta al desafío de la modernización en cuanto reacción frente al atraso económico, o una condición previa para alcanzar las metas del desarrollo. De esta manera, y como se sugirió anteriormente, el nacionalismo debe ser comprendido en relación con el cambio y el desarrollo social. König expone los diferentes enfoques de investigación sobre el nacionalismo, desde el concepto sociológico-comunicativo de Karl W. Deutsch, quien concibe el nacionalismo y la formación de la conciencia nacional según la intensificación de la comunicación, la movilidad y la integración social; las reflexiones de Benedict Anderson sobre el nacionalismo como una "comunidad política imaginada"; y, el "modelo de crisis del desarrollo político" propuesto por el Committee on Comparative Politics, que concibe el nacionalismo en función de la capacidad de las elites para resolver crisis o situaciones propias de los procesos de modernización política en que se encuentran inmersos. Todas estas teorías desembocan, para König, en un nacionalismo que se entiende como el creador de una nación específica, posibilitador de su desarrollo social y económico. Sin embargo, su núcleo esencial y elemento común a todos los nacionalismos es un movimiento de autonomía políticamente orientado.

Después de estas importantes elaboraciones teóricas, el autor analiza el caso colombiano, desde sus especificidades históricas, proponiendo la comprensión de sus procesos desde la independencia hasta el siglo XX, en diversas fases, así: el nacionalismo genuino de la primera fase de la for-

mación del "estado nacional" de Colombia; la política liberal y el nacionalismo modernizador a mediados del siglo XIX; la "crisis del orden tradicional" en los años veinte y treinta y el nacionalismo económico social; y la crisis del año 1948 y el nacionalismo conservador y retardador.

Manteniendo la perspectiva del nacionalismo desde su carácter funcional-instrumental, König concluye que el nacionalismo en su forma genuina ha cumplido en Colombia importantes y positivas funciones para la modernización y democratización de la sociedad; sin embargo, ello no significa que se deban aceptar sus consecuencias negativas, sino que, por el contrario, es necesario tratar de encontrar nuevas soluciones a los problemas que nos plantea el desarrollo social.



Finalmente, el ensayo de Alan Knight trata sobre el problema del nacionalismo en América Latina, tema que no ha sido discutido con suficiente rigor, especialmente en forma comparativa, según el autor. Para Knight el tema reviste especial interés por dos razones: primero, porque, después de Europa, América experimentó los más tempranos esfuerzos para establecer naciones-Estados, abriendo un sendero que después recorrerían Asia y África; a ello está asociada la larga tradición en América Latina en el proceso que los especialistas han llamado *nations building* —esto es, 'forjar patria'—, y segundo, relacionado con lo anterior, el papel del campesinado o de las "clases subalternas" en el proceso de construcción de las naciones, encarnando y apropiándose valores,

sentimientos y lealtades nacionales que no podían ser exclusivas de las elites y de los hombres cultos que lideraban los procesos políticos. De esta manera, y a partir de sus trabajos sobre México y en menor medida sobre otros países de Latinoamérica, Knight introduce una compleja discusión entre lo que ha sido "forjar patria" y "forjar nación", conceptos que han definido procesos históricos complementarios, no siempre bien delimitados por los historiadores. Para referirse a los debates que se han dado sobre el tema, el autor propone una tipología sobre los nacionalismos, consciente de que muchas discusiones, aunque teóricas, deben estar referidas a los hallazgos empíricos para no quedar en puras abstracciones. Los tipos de nacionalismo propuestos por Knight son cinco: patriotismo político, muy marcado por lealtades deslindadas por lo territorial; nacionalismo cultural, referido a la valoración distintiva de una cultura ligada a la nación; nacionalismo económico, signado por el control y la defensa de los recursos económicos nacionales, amenazados por la explotación y expropiación de naciones extranjeras; la xenofobia, confundida con la anterior categoría, pero restringida a los sentimientos populares respecto de grupos de extranjeros, mediando relaciones económicas y comerciales; y, finalmente, la categoría más compleja, la de "nacionalismo", diferenciada de "patriotismo" y referida a los procesos poscoloniales de "forjar patria"—nación— y al mismo tiempo "forjar Estados", dos procesos casi indistinguibles, dado que el modelo de Estado ha prevalecido en todo el mundo.

Consciente de que las tipologías generan concepciones algo estáticas de los procesos históricos, Knight, se centra en el análisis del "por qué" surgen los nacionalismos. En correspondencia con ello, asume dos perspectivas: la "primordial", que explica los orígenes del nacionalismo desde la larga duración, remontándose a vínculos culturales antiguos y casi míticos, y la "moderna" o "instrumental", ligada a los procesos del

Estado-nación, posteriores a la Revolución Francesa. Como resultado de amplias discusiones conceptuales y bibliográficas, Knight concluye que ambas perspectivas son complementarias y deben ser sopesadas, según el caso de que se trate. Sin embargo, la primera puede tener razón al considerar un patriotismo "orgánico" y popular, concepto que propone el autor en contraposición al de "primordial", y que exagera las raíces antiguas del nacionalismo, y la segunda yerra, al confundir Estado y nación, reduciendo de esta manera el proceso de "forjar patria" al de "forjar Estado".

JUAN CARLOS JURADO

El espejo europeo

El nacionalismo cosmopolita.

La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900

Frédéric Martínez

Banco de la República,

Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá, 2001, 580 págs.

Vale la pena comenzar con una afirmación elemental: el libro de Frédéric Martínez constituye uno de los aportes más interesantes al conocimiento del siglo XIX colombiano publicado en los últimos años. Su tema central, el estudio de la forma como se utilizaron las referencias a Europa y en especial a Francia en los debates políticos y culturales del siglo XIX, se desdobra en una serie de análisis de una gran riqueza.

Las nuevas naciones surgidas en Iberoamérica de las luchas de independencia esbozan sus diferentes proyectos de construcción del Estado y la nación a la luz de los modelos europeos. Francia, Estados Unidos, Inglaterra sirven al mismo tiempo como modelos y como ejemplos negativos, como fuentes de ejemplo civilizador y como imágenes de riesgos y peligros. El repu-

blicanismo, el radicalismo jacobino, el catolicismo ultramontano, el federalismo ofrecieron diferentes imágenes de organización y pensamiento, que se sobrepusieron a las percepciones de las formas de vida cotidiana, de las jerarquías y estructuras sociales, de los desarrollos más o menos conflictivos de las sociedades reconocidas como patrones de civilización. Las instituciones mismas, hospitales, escuelas, bibliotecas, cárceles, bancos o sistemas policiales, eran también ejemplos para imitar o evitar.



Algunos de estos temas han sido analizados desde diferentes puntos de vista por los historiadores colombianos. Jaime Jaramillo Uribe, en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, buscó en los textos políticos del siglo XIX el eco de los pensadores ingleses, franceses o españoles, la inspiración o la influencia que ayudó a definir sus teorías. Otros han estudiado las influencias concretas en asuntos como los proyectos de reforma del sistema educativo, de creación de un banco nacional, de organización de la policía. Algunos han intentado seguir la pista a las transformaciones en la vida cotidiana y en los consumos bajo el influjo de modelos sociales de elegancia y distinción. Lo primero que resulta admirable en este trabajo es que logre presentar en un solo cuadro, en un inmenso mural, lleno de personajes y temas, de diferentes líneas de argumentación y exposición, una visión unificada y clara. Los temas que el libro asume resultan a veces tan variados que el mismo autor, al tratar de definir qué ofrece su libro,

se pregunta si es una historia del nacionalismo, o de los mitos políticos, o de los proyectos de los grupos dirigentes, o de la construcción del Estado. En cierto modo, sin duda, es algo de todo eso: historia política, historia de las ideas, historia de las representaciones colectivas, de las mentalidades.

Uno de los ejes del libro es el viaje a Europa. Mientras que hasta mediados de siglo Europa era ante todo una referencia libresca, un mundo imaginado e inventado, durante la segunda mitad del siglo XIX centenares de colombianos van a Europa, y muchos describen lo que ven. Una larga búsqueda le permitió identificar más de 500 viajeros colombianos, de los cuales 38 publicaron libros relatando sus experiencias. Una especie de biografía colectiva nos describe los rasgos de estos viajeros, las razones de sus viajes, sus prejuicios ideológicos, lo que buscaban y lo que encontraban. Casi todos, en cierto modo, y aquí está el hilo conductor que relaciona esta parte, la más extensa del libro, con las preguntas más de fondo, van a aprender, a tratar de encontrar las claves de la civilización y a ver cómo su experiencia los educa o sirve para educar a los colombianos.

En todo caso, lo que interesa saber es cómo los grupos dirigentes colombianos, y en particular los sectores políticos, utilizaron la referencia a Europa para legitimar sus propios proyectos políticos y para definir sus estrategias para la organización del Estado. Todos los grandes esfuerzos del siglo XIX —Martínez define tres, el reformismo ilustrado de Mosquera a mediados de siglo, el esfuerzo radical y la Regeneración— se apoyaron en referencias y modelos europeos. Todos generaron una retórica en la que su validez se apoyaba en buena parte en la experiencia de Europa. Por esto, Martínez nos dice con confianza que la vinculación de Colombia con Europa fue siempre estrecha, y que el aislamiento que a veces se atribuye a esta época es, al menos en este nivel, aparente. Todos los grupos esgrimen el modelo europeo, sea para justificar el radicalismo